

SEGUNDA PLANA

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO



EL SOL/Rafael Zarza

La ironía ante el absurdo

PASAN LOS AÑOS, y la sombra de Franz Kafka, el judío tuberculoso de Praga, sigue aún removiendo las buenas conciencias a derecha y a izquierda. A derecha fácil es comprenderlo, porque su línea de pensamiento es una burla continuada de lo que es un burgués bienpensante, con fe en Dios, en la sociedad jerarquizada y en la familia como institución fundamental. Y a izquierda, entre los críticos y pensadores marxistas, por razones que luego vamos a explicar.

Aunque su obra continúa teniendo enorme vigencia, su personalidad humana parece haberse difuminado o medio desvanecido. No en vano han transcurrido ya sesenta y seis años desde que Kafka muriera en el sanatorio austriaco de Kierling. Hijo de un comerciante acomodado, estudió leyes, profesión que luego odió y que nunca llegó a ejercer. Tampoco el negocio familiar le atraía a causa de la excesiva dureza de carácter del padre, carácter que tanto había de pesar sobre el joven Franz, y cuya sombra le perseguiría hasta la muerte.

Después de algunos años de vacilaciones, y cuando ya comenzaba a escribir, entró a trabajar en una compañía de seguros. El trabajo era oscuro y monótono, pero no le impedía pensar ni escribir o tomar apuntes, a escondidas del director de la empresa. De este modo contentaba a su padre y podía seguir con su auténtica vocación, que prolongaba en sus horas libres, robándose tiempo al descanso y al sueño. Por los años de la primera década de este siglo, Kafka decidió hacerse sionista, e incluso planeó emigrar a Palestina, para ser uno de los pioneros del Estado judío. No emigró, claro está, pues su relación de inferioridad y dependencia con respecto a su padre, le había convertido en un hombre poco luchador o aventurero. Su lucha y su aventura iban a realizarse en el mundo de su imaginación, en el fantástico castillo en el que se encerró.

Sus primeras publicaciones, *Descripción de una lucha* y *Consideraciones*, tuvieron escasísimo éxito. Pero este primer ensayo o tentativa no le amilanó. Sus problemas y dudas estaban en la vida real, en su insatisfactorio trabajo, en su dependencia morbosa del padre y en un noviazgo iniciado e interrumpido varias veces, que al fin fracasó. La explicación de Kafka a este revés amoroso la contó así a su padre en una carta: "El obstáculo esencial a mi matrimonio es mi convicción de que, para asegurar la existencia a una familia y para dirigirla, hay que tener cualidades que reconozco en tí y que no me gustan... Sería necesario convertirme en lo que tú eres, o sea, traicionarme". Se sabía aislado de las generaciones pasadas y "no podía ser un nuevo origen de generaciones".

A todos estos problemas personales, se unió el disgusto que sentía ante el espectáculo de una Europa sumida en la Primera Guerra Mundial. "Si éste es el mundo de los adultos, prefiero encerrarme en el de mi niñez..." comentaría en su *Diario*. Kafka quería prolongar una situación infantil, de irresponsabilidad ante su familia y ante la sociedad; quería ser algo así como un incapacitado legal, bajo custodia, a fin de poderse dedicar a escribir. Quiso que su existencia en un mundo sin sentido y sin razón estuviese amparada en una mínima protección, para así escribir aguardando la muerte. Un suicidio aplazado, una falsa rebelión. Aunque deseó que su obra entera se titulase *Ten-*

tativas de evasión de la esfera paterna, jamás quiso, como escribió Georges Bataille, evadirse verdaderamente, ni de su padre, ni de la sociedad, ni de la vida.

Cuando en 1917 aparecen los primeros síntomas de su tuberculosis, había ya publicado *La metamorfosis*, que es casi la explicación de su enfermedad, una especie de cuadro clínico en clave: el protagonista tiene algo así como una manzana pudriendose en el pecho, se siente como un animal repugnante, la familia le observa en el lecho sin acercarse... En los años siguientes publica *La colonia penitenciaria* y *Un médico rural*, y termina de escribir *El proceso*, *La sentencia* y *América*, que aparecerán después de su muerte.

En 1920 su estado de salud le obliga a dejar el empleo. Despues de una estancia de varios meses en un sanatorio antituberculoso, Kafka se instala en la finca de una hermana suya. Allí escribió *El castillo*, que también se publicaría póstumamente. Su amigo y albacea testamentario Max Brod, que incumplió la promesa que hiciera a Kafka de destruir toda su obra inédita, supo dosificar muy bien la entrega de sus materiales, cosa que le hizo odioso a los ojos de críticos y ensayistas: prolongó hasta 1958 la publicación de los últimos escritos, es decir, más de treinta años después de la muerte de Kafka, en 1924.

Pero el mundo kafkiano tenía ya entidad en vida de su autor: reflejaba una bipolaridad anímica que obligaba al lector a saltar de una situación metafísica o de un mundo onírico, a los aspectos más detallados y reales de la vida cotidiana. En cierto sentido, su obra es una anticipación al llamado *realismo mágico* de la novela latinoamericana actual, pero más a la tremenda y con una bien dosificada carga de absurdo razonado: un hombre procesado que no conoce cuál es la acusación que pesa sobre él; un ciudadano que se encuentra encerrado en un castillo a cuyo dueño no conoce ni puede ver, pese a sus múltiples tentativas de aproximarse a él para preguntarle en qué situación se encuentra; unos obreros construyendo una muralla cuyo objetivo ignoran... Situaciones todas ellas que exponen la nimiedad del hombre metido en el engranaje de una sociedad irracional. No es de extrañar, después de lo escrito, que se considere decisiva la influencia de Kafka en el surrealismo de la primera posguerra, y en la literatura del absurdo de la segunda. Es una obra que enriquece cualquier interpretación del mundo, tanto desde un punto de vista psicoanalítico como desde una concepción metafísica, religiosa o social.

He escrito al comenzar que el mundo kafkiano, además de ser repudiado por la derecha burguesa, era una concepción tabú para la izquierda marxista. Me explicaré: Kafka no dice que la justicia burguesa sea falsa, sino que lo es *toda* justicia, *toda* burocracia; expone en su obra el aplastamiento del individuo bajo el peso de los que dicen representar a una sociedad, sea capitalista o socialista. Sobre este punto tiene razón Michel Carrouges cuando dice que Kafka fue un escéptico ante toda acción revolucionaria, ya que plantea problemas que no son únicamente políticos, sino humanos y eternamente posrevolucionarios. El irracionalismo, el humor negro e inexplicable, el infantilismo y la insolidaridad de Kafka no tienen sentido en una ideología, como pretende ser el marxismo: pero en la vida de cualquier sociedad existen, incluida la sociedad socialista.